

Reseñas

RENDUELLES, César. *Sociofobia. El cambio político en la era de la utopía digital*. Madrid, Capitán Swing, 2013, 196 pp, ISBN 978-84-941690-0-7

La irrupción de la web 2.0, con sus buscadores inteligentes, sus cuentas de correo de infinita capacidad y las redes sociales ha sido como una borrachera de felicidad. Parecía, por un instante, que habíamos llegado a una era de abundancia, sin restricciones, en la que la tecnología nos iba a permitir superar nuestras limitaciones como individuos y como sociedad. De repente, un día amanecemos sabiendo que Google, Facebook y todos los demás gigantes de internet eran tan perversos como nuestros gobernantes, que nos espiaban y que toda aquella abundancia de datos servía, sobre todo, para que sus negocios medraran. Hoy estamos en plena resaca.

César Rendueles ha escrito un libro de extraordinaria aceptación e inmenso impacto, una rara avis en un mundo en el que los libros académicos no salen de los pequeños círculos de expertos. Posiblemente la acogida del libro tenga que ver con el tema y la aproximación tanto como con la magnífica capacidad de escribir bien de Rendueles. Mordaz, afilado, irónico a veces, emocionante y tierno otras. Capaz de pasar de Marx a los pañales infantiles en un instante, de lo sesudo a la anécdota sin perder rigor. Creo sinceramente que *Sociofobia* es un libro que todo aspirante a científico social debería leer, aunque sólo sea para aprender cómo hacer que el conocimiento producido gracias a la financiación común circule más allá de los circuitos académicos.

Pero no es sólo el estilo lo que hace de este un libro fundamental. Este es un libro sobre la democracia, sobre la vida social y sobre la tecnología. Un libro que arranca de la premisa de que el capitalismo basa su éxito en la creación de la figura del individuo racional, tan alejado de sus semejantes como de sus sentimientos. Hemos dejado que una fantasía creada por los economistas, la del consumidor racional, sea la piedra angular sobre la que crear un sistema social (103). Nuestra forma de vida rechaza la comunidad porque ese concepto nos retrotrae a un ruralismo brutal o nos acerca a los integristas modernos basados en la aniquilación de la persona.

Internet y la cultura digital aparecieron entonces como un lugar de equilibrio perfecto. La tecnología aparece como “una fuente automática de transformaciones sociales liberadoras” (45) instaurando lo que Rendueles llama *ciberfetichismo*. De repente, surgían comunidades en red y proyectos comunitarios exitosos como la Wikipedia o el movimiento copyleft. Trabajando en un proyecto común, pero cada uno de forma individual, se lograba acabar con la escasez, aunque sólo fuese la informativa. El triunfo de la inteligencia colectiva, de la mente colmena, se constituye como la nueva utopía revolucionaria: “no es exagerado afirmar que los movi-

mientos favorables al conocimiento libre están modulando en parte las estrategias de la izquierda dirigidas a frenar la contrarrevolución liberal. No deja de ser paradójico, porque muchas de esas iniciativas relacionadas con la propiedad intelectual tienen escasas afinidades con los procesos de emancipación política. Algunos de sus protagonistas, de hecho, se sienten cómodos en un entorno mercantilizado y clasista” (48).

Si bien es cierto que iniciativas como el copyleft han servido, al menos, para poner en discusión los procesos de acumulación de ciertas compañías y el expolio de los bienes comunes, las alternativas siguen endiosando al sujeto individual con el que sueñan los economistas. La mente colmena no es un sujeto colectivo construido y ansiado a modo de alternativa social, sino “un mero subproducto de la interacción” (84) entre sujetos que intercambian fragmentos de información. Los mismos que celebran la crisis de las grandes empresas de la música o el periodismo no se sonrojan al proponer que la nueva forma de vida del músico o del periodista ha de basarse en ser capaz de estar conectado 24 horas, haciendo tareas diversas, asumiendo los riesgos por su cuenta, atendiendo a los diferentes aspectos de su trabajo en soledad. Es decir, el sujeto del futuro que propone la “ideología californiana” es un sujeto precario, fragmentado y autoexplotado.

Un sujeto, además, al albur de los vientos del cambio, sin el apoyo de una comunidad ni de una estructura. Porque las comunidades digitales no son tales, sino meros agregados circunstanciales. “En el contexto digital la cooperación depende del altruismo, entendido como una elección individual, no del compromiso, entendido como una norma social” (104). Si en algo están de acuerdo los gobiernos neoliberales y los hackers de internet es en su alergia hacia las normas y las regulaciones. Las normas limitan nuestros deseos y por tanto nuestra libertad, y además obligan a crear aparatos burocráticos opresivos y poco eficaces. Pero “uno no puede sencillamente reconstruir el vínculo social cuando convenga a sus intereses privados y de la manera que lo prefiera” (140). De modo que necesitamos ir más allá del voluntarismo si queremos construir un modelo social que nos permita lograr el objetivo final de la vida en común: cuidar unos de otros. Aunque suponga esfuerzos. Para ello, debemos exigimos algo más que el mero estar juntos intercambiando datos. Rendueles cuenta la anécdota de una asamblea de barrio en busca de la mejor hora para las reuniones: los padres y madres presentes propusieron hacerlas las mañanas de los sábados. Pero los jóvenes entendían que eso les impedía salir la noche del viernes. “los jóvenes sin hijos parecían pensar que cuidar de un niño es una opción más entre otras. Hay gente a la que le gusta emborracharse los viernes y otra a la que le gusta tener hijos” (150). Estar juntos requiere de empatía y colaboración, no de un cálculo racional entre opciones igualmente probables.

La crítica al capitalismo que abre el libro da paso después a un trabajo de análisis del digitalismo que pone de manifiesto las similitudes de muchas de las nuevas formas sociales en red con las del individualismo liberal. El libro se construye como una invitación a poner en el centro de nuestra vidas la tarea mágica de la vida en común, esa basada en las responsabilidades para con los otros, en una ética basada en “la construcción de una vida buena en el contexto de las normas de una comunidad” (138). Internet puede ser un medio excepcional para intercambiar información, pero no funciona bien para intercambiar cuidados y atenciones.

El éxtasis celebratorio de la conectividad esconde, por tanto, un nuevo repliegue hacia el individualismo. La apuesta por la red no es más que una manera de facilitar la toma de decisiones más allá del contacto social. Pero la democracia va ligada al espacio común del roce y del encuentro, en los que anidan tanto el placer como el desagrado. La democracia “no es un servicio universal de atención al cliente. Tiene algo de locura, si uno se para a pensarlo. Significa que el majadero ese del Porsche Cayenne, la tía que suelta un par de pitbulls en un parque lleno de niños o los poligoneros del centro comercial tienen el mismo derecho a intervenir en la vida pública que tú” (36)

Héctor FOUCE